



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

A manera de dedicatoria: Federico Álvarez Arregui y la Generación de la Utopía

Autor:

Véjar Pérez-Rubio, Carlos

Forma sugerida de citar:

Véjar, C. (2021). A manera de dedicatoria: Federico Álvarez Arregui y la Generación de la Utopía. En A. E. Santana y G. Acevedo (Eds.), *Rutas y experiencias: 80 años del exilio republicano español* (25-29). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Rutas y experiencias : 80 años del exilio republicano español

Diseño de portada: Mtra. Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: D.G. Irma Martínez Hidalgo

ISBN: 978-607-30-4984-9

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

A MANERA DE DEDICATORIA:
FEDERICO ÁLVAREZ ARREGUI
Y LA GENERACIÓN DE LA UTOPIA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

El escritor, editor y filósofo Federico Álvarez Arregui, nacido en 1927 en San Sebastián, País Vasco, España, perteneció a una generación vinculada a la utopía de un mundo mejor para todos, en todos los sentidos, lo cual se manifestará a lo largo de su prolongada e intensa existencia. Su infancia en la España republicana, la separación de sus padres al estallar la Guerra Civil, en 1936, su permanencia en San Sebastián con sus parientes y su hermana menor hasta el fin de la contienda, su ulterior exilio de varios años en Cuba y posteriormente en México, donde echó raíces, hacen de su vida una novela apasionante, cuya primera parte logró escribir y publicar en nuestro país en 2013 (la segunda parte, que estaría basada principalmente en su exilio en México, quedó inconclusa, por más que en lo personal le insistimos en que debería terminarla).

Licenciado, maestro en Letras y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde fue profesor de Teoría de la Literatura desde los años ochenta, Federico obtuvo el Premio Universidad Nacional (Humanidades) 2003, de México; y la Medalla por la Cultura Nacional 2006, de Cuba. Fue autor de los libros *La respuesta imposible. Eclecticismo, marxismo y transmodernidad* (México, Siglo XXI Editores, 2002); *Vaciar una montaña: 134 glosas* (México, Editorial obranegra, 2009) y *Una vida. Infancia y juventud* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013). Editor de importantes revistas, como la del Instituto Nacional de Bellas Artes y la del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, así como miembro del Consejo Editorial de *Archipiélago*, proyecto cultural utópico que apoyó siempre con gran entusiasmo.

Federico Álvarez Arregui regresó a España hasta 1971, donde poco después sería nombrado director del Fondo de Cultura Económica de México en Madrid. Quince años más tarde, en 1986, sin embargo, vuelve

a tierras mexicanas, donde permanecerá hasta su muerte en mayo de 2018. Estaba nacionalizado mexicano desde mucho tiempo antes.

Sus últimos años de vida muestran bien la faceta de generador de utopías que lo caracterizaron siempre. Las palabras en su libro autobiográfico *Una vida. Infancia y juventud*, son muy claras. Dice:

Y entonces surgía, ¡ay!, mi incipiente utopismo social: hay que vivir bien, con bondad y justicia, aunque no existan esos premios ni esos castigos inconcebibles. Hay mucho dolor sobre la Tierra y de cualquier persona normal y sana surge el deseo de que desaparezca, de que hagamos un mundo feliz, aunque la muerte sea el final natural de la vida.¹

Tocando el tema de la sensación que tienen los exiliados de haber vivido varias vidas, Federico cita a Stefan Zweig, quien dice: “Mi vida, ¿cuál vida?”

Originario de una familia de la pequeña burguesía provinciana de España, en este caso San Sebastián, ciudad portuaria del País Vasco, Federico Álvarez vivió, como hemos dicho, una vida de novela, como aquellas que leía apasionadamente desde su temprana juventud. En efecto, esa generación de la utopía a la que perteneció tenía en los libros, en la lectura, una base cultural relevante, independientemente de su extracción social y su posición económica. Aquellos que leía de niño en San Sebastián eran los mismos que se leían por esa generación en México y en los demás países de nuestra América. ¿Quién no leyó acaso a Julio Verne o a Salgari en la infancia y adolescencia? El médico retirado argentino amigo de su padre, don Augusto, le regaló en una visita a la Feria del Libro en la Castellana su primer libro, en el que estaban reunidas dos novelas de Julio Verne: *De la Tierra a la Luna* y *Cinco semanas en globo*, las cuales devoró de inmediato y quedó fascinado. Federico confiesa el impacto que le causó también *Corazón*, de Edmundo de Amicis. Y después [...]. En una de las glosas que publicaba en el periódico *Excelsior* en los años noventa, titulada precisamente *Leer*, nos dice lo siguiente:

Amo *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland. ¿Cómo no amar aquel libro de mis diecisiete años habaneros que me recomendó una inolvidable amiga y que me convirtió en otra persona? Lo mismo me sucedió, pocos años des-

¹ Federico Álvarez Arregui, *Una vida. Infancia y juventud*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2019.

pués, con *Guerra y paz*; siempre he dicho que uno es de una manera antes de leer *Guerra y paz* y de otra después de leerla. Cuando me invade la amargura, la desazón, el escepticismo, abro *Juan Cristóbal* por cualquier página y enseguida encuentro sosiego y templanza. Y lo mismo me ocurre con *La montaña mágica*, leída también en mi adolescencia cubana, en la sierra de Escambray, confundido con Hans Castorp. Uno encuentra en esos libros una fabulosa capacidad terapéutica contra la depresión y las circunstancias (aquellas que, según Ortega, teníamos que salvar para salvarnos a nosotros mismos). Tan sólo el tocarlos produce una extraña satisfacción que —cada quien con los suyos— todos conocemos. Y entonces me pregunto, con cierta ansiedad: ¿y los que no leen? ¿Cómo vivir ignorando el universo infinitamente maravilloso de los libros?

Federico Álvarez era apenas un niño de nueve años cuando comenzó la Guerra Civil española. Durante las vacaciones de verano, en julio del 36, él y su hermana menor, debían trasladarse a la casa de su abuela en San Sebastián. Hicieron el viaje con los Monforte, una pareja amiga de la familia y su hijo Tete, de su misma edad. Sus papás los alcanzarían pronto con Eugenio, el hermano menor. A medio camino, cerca de Burgos, los detienen unos carabineros de la Guardia Civil. “Se ha sublevado el ejército en África”, le dicen un tanto desconcertados a Monforte, pero los dejan pasar. Serán prácticamente cuatro años los que deberán permanecer en San Sebastián separados de sus padres y su hermano, quienes se quedarán en Madrid durante toda la contienda. De su padre nos dice: “Era inteligente, tocaba muy bien el piano, leía mucho. Era una persona sencilla y cultivada. Todos le querían”. Fue un destacado colaborador del Ministerio de Sanidad de la República, hasta el final.

Un año después de haberse terminado la Guerra Civil y la derrota de la República, en julio de 1940, a los trece años, Federico aborda en Bilbao con su hermana Tere el vapor *Magallanes* para viajar a La Habana, Cuba, donde se reencontrarán con sus padres y su hermano Eugenio, quienes habían podido exiliarse en la Isla después de la derrota y donde permanecerán hasta 1947, momento en el que toda la familia viaja a México.

La vida en la capital cubana será la segunda parte de su novela: la vivienda, el barrio, las escuelas, los compañeros y compañeras, las amistades, los quince años, cumplidos en 1942. “En la tarde íbamos al cine todos juntos. Los cines más cercanos, el Mendoza y el Modelo, eran los más frecuentados por nosotros. Tiempos de Bette Davis, Ka-

therine Hepburn, Joan Fontaine, Vivien Leigh [...]. ¿Qué película de aquellos tiempos no habremos visto?”, nos dice en su libro de memorias. El cine, otro bastión de la cultura. Y la música, que empezó a sentir como algo esencial, algo que necesitaba constantemente, como el leer, y en lo que notaba un enriquecimiento entusiasta de sí mismo. Federico melómano. “Cuando escucho música, ¿dónde estoy?”, nos dice en esa misma autobiografía. El abuelo materno gran melómano, el papá pianista, la música clásica desde su más tierna infancia.

Su militancia política comenzó pronto en La Habana. Su ingreso en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), organización española, ocurrió en una de sus asambleas ordinarias celebrada en 1942, cuando tenía quince años todavía. Un año después ingresaría al Partido Comunista, un ingreso formal, porque por la edad debería seguir en la JSU. Entraba en un nuevo ambiente, el de los obreros, de los trabajadores, de la dirigencia política, que habría de combinar con los otros a los que también pertenecía —colegio, libros, música, familia [...]—, pero éste ocuparía desde entonces un lugar central, definitivo, en su vida. Hasta el final.

En 1945, al terminar el bachillerato, se inscribe en la universidad, en la carrera de ingeniería. La relación con los miembros de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) será muy cercana, había muchas cosas en común. El dirigente Alfredo Guevara, uno de sus primeros y mejores amigos, será quien le presente un día de primavera del año 1946 al compañero Fidel Castro. Los tres habían ingresado a la universidad en septiembre de 1945, Fidel en derecho, Alfredo en filosofía y Federico en ingeniería, y eran de la misma edad. Pasaron los años [...]. La anécdota es muy interesante. El 1º de enero de 1959 su amigo revolucionario cubano Alfredo Guevara, que estaba temporalmente en México, le habla temprano por teléfono y le dice: “Fede, acompáñame, vamos a tomar posesión de la Embajada de Cuba”. Y se dirigen ambos a la sede diplomática, entran por la puerta principal y advierten que está vacía, no hay personal en el interior. Finalmente se topan con un empleado de limpieza, que les dice que el personal diplomático ha desalojado el edificio, pues se han enterado de que el gobierno de Batista ha dejado de existir. La Revolución cubana había triunfado, y en nombre de ella, Alfredo Guevara y Federico Álvarez toman posesión de la Embajada en México.

Será también en Cuba donde conozca a la jovencita valenciana con quien celebrará matrimonio en pocos años y será la madre de sus hi-

jos –María Teresa y Federico David–, Elena Aub, quien viajaba en el mismo vapor *Magallanes* con su mamá y sus hermanas a encontrarse en México con su padre, el insigne escritor republicano Max Aub, quien estaba ya exiliado en dicho país. Hicieron escala en La Habana y el padre de Federico, acompañado de su familia, acudió a recibirlas y atenderlas por encargo de su amigo Max, quien se reuniría con ellas al día siguiente. Elena tenía quince años, Fede dieciocho. Después de varios días de compartir el ambiente habanero, se marcharon los Aub y –dice Federico– “parecía como si estuviéramos ya citados en México.” Una experiencia inolvidable que lo marcará de por vida.

Es en México, precisamente, donde se desarrollará la tercera parte de su novela vital. La que todos conocemos. Sus estudios universitarios en la UNAM, su bonhomía, su compromiso político, la familia, los compañeros, los amigos, la docencia y la investigación, los discípulos, su creatividad literaria, el trabajo editorial, sus estancias temporales en Cuba en los años sesenta y en España en los años setenta.

En su mencionado libro *Una vida. Infancia y juventud*, Federico cita a Simone de Beauvoir, quien escribió alguna vez: “He descubierto la dulzura de tener tras de mí un largo pasado”. Y luego escribe: “¿Dulzura? Dulzura, porque ese pasado ha resultado largo, y no por otra razón. No quiero decir con esto que, en mi caso, haya tenido que ser forzosamente amargo; su virtud, si alguna tiene, es que ha sido un pasado pleno, henchido, múltiple y, como el de Simone de Beauvoir, largo.” Ochenta y seis años tenía cuando se publicó este libro autobiográfico. Cinco años antes de dejarnos, en mayo de 2018. Su memoria estará siempre con nosotros.